

LA ÚLTIMA OBRA DE JOAQUÍN RODRIGO

“EL CONCIERTO HEROICO”

Por ANTONIO DE LAS HERAS

La tierra donde la música crece, parece sufrir sequía desde hace algunos años. Cuando se dirige la vista al ancho panorama musical de todos los países, vemos que los altos árboles tienen señalado en su tronco fechas que ya van siendo lejanas y que únicamente dentro de la marca española los hay con números recientes.

¿A qué es debido esto? La respuesta sería tema de larga meditación y estudio. Posiblemente, los países de más tradición languidecen por el peso de ésta sobre las mentes y la inspiración de la gente nueva. Porque en el terreno de la pura invención de sonoridades, se ha llegado a límites que no se pueden sobrepasar; ya el oído humano marcó su meta con una gran concesión de buena voluntad y mejor deseo. Seguir adelante sería despeñarse en el abismo, en un abismo que para el arte no puede existir.

Algunos compositores han iniciado su viaje de vuelta, y, naturalmente, dirigen sus pasos hacia cimas que en el arte de las sonoridades tienen nombres propios. Mas he aquí que el problema ya no está en sobrepasar la labor del genio, continuando por cauces más amplios lo que vive en sus partituras, sino en buscar réplicas bien construidas que con pequeñas variantes revelen nuestro momento actual, éste en que son escritas. ¡Pobre ideal, que es preciso adoptar cuando se atraviesan épocas de sequía! El caso de la música española no es éste, precisamente, porque poco o nada como tradición pesa sobre nosotros, y nuestros compositores tienen una libertad de movimientos que se les niegan a los de otros países abrumados de historia.

Entre los músicos jóvenes españoles, destaca con recia personalidad y originalidad auténticas Joaquín Rodrigo, que después de una labor preparatoria del mayor interés—en ella se adivinan obras de gran vuelo—, se nos presenta un día con su «Concierto de Aranjuez» para guitarra y orquesta; intento difícil de lograr porque nadie se había atrevido a enfrentar el instrumento nacional con la potente voz del conjunto orquestal. Tiene la guitarra una voz demasiado delicada y unos acentos excesivamente tiernos para que el fiel de la balanza esté equilibrado. Bocherini la unió con el «Cuarteto de arco», en condición de armónico relleno imitando la función que al clave de aquellos tiempos le estaba confiado. Después, lo que han hecho nuestros músicos Albéniz, Granados, Falla y Turina ha sido llevarla al piano o a la orquesta. Es decir, pensar en la guitarra, en una lejanía llena de nostalgias, para incrustar su voz en estos modernos instrumentos dotados de potencia y recursos. La conversación ideal concertada entre la guitarra y la orquesta es Rodrigo el primero que la inicia, para conseguir del instrumento español, que ha vivido siempre en los brazos del pueblo, la evocación de una época y un ambiente que es algo así como una dama aristocrática vestida de maja y pintada por Goya. Las fórmulas empleadas para este «Concierto» son las que rigen para el género; lo que había que descubrir era el equilibrio sonoro que lo hiciera posible, y éste lo halla nuestro compositor a finos golpes de cincel con suavidades de Benvenuto.

Ya tiene Joaquín Rodrigo, en «El concierto de Aranjuez», el resumen de su obra anterior; equilibrio y delicadeza han llegado aquí a la cima; ahora le faltaba la producción de gran aliento, de gran carácter sinfónico, que viene con «El concierto



heroico» para convencernos del talento de su autor y de la savia fecunda de que está dotada la música española. No creamos en hechos aislados, no creamos tampoco que el arte, como la cultura, se producen espontáneamente; son consecuencias de muchas circunstancias y de largos períodos de elaboración; pero su idea, ésta sí que es reciente, y bien de nuestros días, porque en la obra musical se condensa la gran gesta de nuestra juventud en la cruzada de salvación de España.

Musicalmente se plantea un serio problema: ¿cómo conciliar el «Concierto», este género intermedio entre la «Sonata» y la «Sinfonía», con lo heroico? Difícil desde luego, porque de ello no existe precedente. Cuando a la

música se ha llevado lo «heroico», se ha hecho en formas más amplias que la escolástica marcada para el «Concierto» y que es una de las más puras, abstractas, decorativas y también tradicionales e inmovibles de la música.

Por otra parte, hay una dimensión que se queda muy por bajo de lo que parece exigir el carácter de lo «heroico», y, sin embargo, todas estas cuestiones que se plantea uno «a priori» desaparecen ante la primera audición de la obra, donde uno se da cuenta que el calificativo es imprescindible, porque de allí arranca lo más esencial y básico de esta página orquestal que no sólo admite, sino que pide, un piano tratado en rigor de solista.

El piano y la orquesta son dos potencias que se miran cara a cara, se buscan los ojos para el diálogo y ambos lanzan al espacio su mensaje con voces diferenciadas y cuando llega el caso unidas en la misma aspiración.

¿Hay un programa para los cuatro tiempos del «Concierto heroico»? Es posible que sí, pero no se puede asegurar, porque el músico se refugia en ese sentido romántico que la música del pasado siglo ha dotado a lo heroico. En los títulos de cada uno de los tiempos no hay un subtítulo o comentario que prejuzgue y defina su contenido; por tanto, no hay programa; cada uno puede interpretar y sentirlo a su antojo; pero en la abstracción de la música existe algo concreto que forzosamente tiene que unir la imaginación de todos para hallar una intención fuera del tópico, pero latente hacia un fin y un propósito.

El piano es el héroe; la orquesta es un ejército que recibe el aliento del solista y combate también generosamente por una noble causa. El «allegro» inicial es nuncio de victoria, fuerte arrancada entre alegres toques y paso firme de cuadrado ritmo. En el «scherzo», delicada fantasía del «trío», hay nostalgia familiar de un paisaje y de un hogar. El héroe, para serlo, sabe lo que pierde, y cuando medita y valora su vida pasada, y cuando conoce el peligro que le acecha y va a él decidido y con firme convicción, su heroicidad es mayor porque en ningún caso se puede confundir con la locura o la pasión momentáneas.

El «tercer tiempo» del «Concierto heroico» está dotado de un carácter litúrgico, donde una melodía de gran nobleza canta lentamente, con acento solemne, la gloria del héroe, y si se aparta un poco de los dos «primeros tiempos», en cuanto a sonoridad, no así en el carácter, la unidad de sentimiento no varía; lo cambiante es la luz por momento y circunstancias. El mismo espíritu envuelve toda la obra; pero aquí la mirada se vuelve hacia dentro, para llevar el espíritu hacia lo alto y

(Continúa en la página 71)